

El Río Grande

Félix Castrillejo

Cuando en el verano de 2.000 cruzaba por primera vez el antiguo puerto de Piedrafita para incorporarme a un nuevo puesto de trabajo, sabía que mi vida estaba dando un cambio radical, sin embargo estaba muy lejos de imaginar lo que iba a suponer esa línea quebrada de montañas y la carretera serpenteante que la atravesaba.

El puerto separaba dos mundos, no por la diferencia de paisajes, costumbres y gentes que había a uno y otro lado, sino porque las sensaciones que me transmitía el cuerpo cuando empuñaba mi caña de mosca eran completamente diferentes. La moderna autovía, que luego unió esos dos mundos de manera rápida, no ha servido para que esa sensación desaparezca, sino que se ha mantenido, incluso intensificándose con el tiempo. A un lado estaba el mundo de los ríos rápidos, calizos y de agua cristalina, el “otro mundo” nada tenía que ver... y en breve lo iba a descubrir.

Al salir de León dejaba atrás unos ríos y recuerdos que siempre permanecerán conmigo, así que al llegar a Lugo lo primero que hice fue buscar un río donde poder empezar a cosechar recuerdos. Sin saber muy bien a donde me dirigía salí dirección A Coruña por la N-6 y aproximadamente a 4 kilómetros tomé un desvío dirección Friol, pocos kilómetros después paré el coche en la entrada de un puente. No era un puente especial, la barandilla estaba en bastante mal estado, anduve por él y al mirar al río que se encontraba ante mí pensé “es un Río Grande”. Ese río era el Miño y el puente el de Ombreiro. El Río Grande tiene mucho que ver en las sensaciones que me recorren el cuerpo cada vez que pesco en Galicia y en las diferencias con las que experimento en los ríos de Castilla y León.



La niebla baja que se genera en la zona de Lugo, compañera habitual, unida a las sombras y las raíces de los árboles que se sumergen directamente en el agua oscura y quieta, hacen que la sensación de misterio que te rodea mientras pescas se intensifique. Las nieblas de este río pueden hacer que uno se vea envuelto en situaciones sorprendentes. El fenómeno se produce porque la zona alta del Miño, la Terra Cha (tierra llana) y parte de la ribera Lucense, forman una cuenca terciaria con predominio de arcillas impermeables. La acumulación de agua superficial, debido a la abundancia de lluvias existente en la zona, favorece esa niebla en jirones, tan característica de las películas de miedo, además, la poca infiltración de agua al terreno, ayuda a explicar que este río que nace a apenas 30 kilómetros de la capital en las montañas y manantiales de Meira, al llegar a Lugo, tenga zonas con más de 70 metros de ancho.



Las represas de piedra esquistosa que durante cientos de años los hombres han construido en su cauce, conocidas como “caneiros”, han generado pequeños brazos de agua cuya estrechez hace de la pesca un deporte de riesgo para las moscas. Cada lance requiere una buena preparación, el análisis detenido de la maraña, memorizar la situación en tres dimensiones y luego cruzar los dedos para que la coordinación del brazo y el ojo no te jueguen una mala pasada. En estas condiciones y como dice un pescador inglés que fue uno de los pioneros de la pesca a mosca en estas tierras, los falsos lances sólo significan una cosa: “*problemas*”, por eso la solución (según él) pasa por el uso de cañas y bajos cortos, moscas de buena flotabilidad y un importante golpe de lance delantero para secar al máximo la imitación.

Los problemas no acaban después de lanzar de la manera más ajustada posible a los helechos de la orilla (o incluso encima de ellos dando un tironcito a la línea) y de que una trucha asome del borde, para capturar lo que ella cree un pequeño insecto recién caído al agua. La clavada implica muchas dificultades y es otra maniobra de maestría. Generalmente se produce en lateral y tirando a la vez de la línea con la mano izquierda porque el recorrido de la caña es escaso, si nos pasamos corremos el riesgo de oír el golpe entre el grafito y alguna rama. Cuando uno ha partido varios puntales de muy

diferentes modos, este ruido se encuentra memorizado en algún rincón de nuestra mente y al oírlo uno se contrae como si doliera, aunque a la caña no le haya supuesto más que un ligero roce.

Como veis las dificultades no son pocas y sin embargo cada una de las capturas que se consiguen de esta forma saben a triunfo, y es que para el pescador uno de los mayores retos es ¿podré colocar la mosca justo en aquél hueco donde creo que hay una trucha? Conseguirlo y que encima la trucha esté produce la mayor de las satisfacciones.



Pero volvamos al cauce principal y dejemos la estrechez, otra de sus características son los mares de ranúnculos, digo mares y no tablas porque al entrar a su orilla podemos encontrarnos con cientos de metros de aguas lentas tapizados por ondulantes ovas. Si el invierno no ha traído grandes riadas uno sabe que el río se convertirá en el paraíso del mosquero. Los pasillos se pueblan de truchas cuando el agua todavía es abundante, no es difícil observar pintonas en pasillos de escasos centímetros, incluso en huecos donde la trucha se encuentra rodeada del manto verde. Considero que hay dos tipos de comportamientos en las truchas que habitan estos mares: las que viven en el

centro del pasillo, fondeadas tranquilamente y que suelen subir a la superficie a tomar su alimento de manera directa, confiadas en la protección que tiene a ambos lados.... y las que viven debajo de las ocas flotantes. Éstas últimas salen muy de cuando en cuando, suelen seguir al insecto aguas abajo varios centímetros antes de tomarlo, no suelen aprovechar los mosquitos que pasan por el centro de los pasillos, alimentándose solamente de las efémeras y tricópteros que pasan muy cerca de los ranúnculos donde habitan. Como habréis averiguado estas últimas son más difíciles de pescar, las que implican un mayor reto..... ver como desaparece sutilmente el mosquito y una sombra regresa bajo los ranúnculos, para luego retorcerse en un espasmo plateado debajo del verde manto flotante, es la visión siempre buscada. Sin embargo conseguir largas derivas pegadas a la vegetación acuática es complicado. Aún empleando lances flojos y corregidos, se producen muchos rechazos en el último segundo por microdragado. Dudando si conseguiré una buena presentación opto por posar un tricóptero muy cerca del borde montando un ligero escándalo, entonces algunos peces (y sólo algunos) salen como rayos pensando en la infortunada caída del insecto... momentos después se encuentran cabeceando hacia su casa con obstinada insistencia.



Pescar al sereno en solitario durante los comienzos del verano, entre las “insuas” (islas) a la caída de la noche, junto a los ruidos y chapoteos que

empiezan a escucharse con el ocaso ha conseguido, que a veces, un escalofrío recorra mi espalda... incluso que salga del agua echando furtivas miradas, y es que estamos en la tierra de las “meigas”, y crean o no “haberlas hailas”. Por supuesto el Padre de los ríos Gallegos no va a ser menos y con toda seguridad que las tiene, espíritus propios que deciden sobre los peces y los pescadores: que reparten las capturas y velan por el río de aguas oscuras y calmadas. Alguna de ellas te puede pasar muy cerca encarnada en forma de nutria silenciosa, que verás pero no oirás a pesar de su cercanía, su tremendo silencio, sumergiéndose y volviendo a salir a la superficie en cortos intervalos, las delata. Sus ojos oscuros se te quedan mirando, para segundos después desaparecer de la misma manera que la niebla que muchas veces acompaña su visión. Espectros del agua.



Al cerrar los ojos y volver a su orilla revivo el momento que ha quedado más profundamente gravado en mi mente, muchos de vosotros quizás estaréis esperando leer alguna de las épicas luchas con enormes truchas que se producen todos los años en los profundos pozones, o quizás una gran pescata

entre los ranúnculos floridos.....sin embargo siento defraudaros, tengo que deciros que estáis equivocados. La imagen más fuerte que siempre me vuelve a la cabeza es verme solo, bajo una fina lluvia de finales de primavera, una lluvia fría, metido en el río al final de una tarde cualquiera, con el impermeable y la capucha puesta, mientras la cortina de agua y niebla se aproxima, el suave murmullo del río en los vadeadores llegándome desde la cintura, el río sin un solo movimiento en él, como si no existiera vida, ni agua... inerte... ni una cebada, ni un mosquito emergiendo.... ni un pájaro en el aire, como si el tiempo se hubiera detenido ante la llegada de la niebla y la lluvia, una niebla y lluvia gallegas, con sus jirones y de las que parecen traer las comentadas “meigas” tras de si. Ante esta situación necesitas que la lluvia te moje la cara con su finura para despertar y poder volver al mundo real saliendo del río..., porque al mínimo descuido todo te envuelve haciéndote perder la noción del tiempo.

Supongo que se trata de una visión recurrente porque es una situación habitual en esas fechas del año, o quizás tenga algo más que traiciona mi mente sin yo saberlo. Lo que sí que tengo claro en mi cabeza es que sin todo eso el Miño no sería el Río Grande que es.

Hoy en día me sería imposible prescindir de este río y su “otro mundo”.

José Félix Castrillejo Gonzalez.

“Practica la captura y suelta por el bien de las poblaciones de truchas y el de los ecosistemas acuáticos”.